

Las marcas del agua

JOSÉ BERNAL

Escritor mexicano autor de dos novelas. Las más reciente es *El cine de Caín* (Editorial Gato Blanco, 2022).



Si en su libro de cuentos *El mismo polvo* (Dharma Books, 2021), Oliveira ya había mostrado una fuerte influencia borgiana (puntualmente con parafraseos y referencias a “El Aleph”), en *Las marcas del agua* (Dharma Books, 2022) vuelven a aparecer conceptos retomados de la literatura de Borges con redoblada fuerza y asombrosa frescura literaria.

Pienso puntualmente en dos cuentos, incluidos ambos en el libro *Ficciones*. De “Tlön, Uqbar, Orbus Tertius”, L. M. Oliveira remonta los documentos históricos de archivos secretos que mutan en su forma cada vez que son encontrados por historiadores, mismos que se obsesionan con estas enciclopedias “restos de la historia” que parecieran jugarles bromas ontológicas. Mientras que de “Pierre Menard, autor del Quijote”, está latente ese juego lúdico “muy típico de Borges” de encontrar al tiempo como un concepto cíclico que se repite en un bucle eterno de casualidades tan exactas, que no pueden ser simples coincidencias, y que son para los humanos su trágica condena.

La arquitectura de las estructuras de *Las marcas del agua* es una compleja red de elipsis temporales que se sitúan en la misma fundación de México, en una etapa casi consumada de la Conquista en el siglo XVI, y su diálogo con el México de ahora, el de nuestros días. Oliveira no solo logra mantener el pulso que nunca desentona en estos cambios de siglos intercalados en la narrativa, sino que también ha sabido resignificar los conceptos del tiempo para valorar qué tanto el comportamiento humano se ha enquistado en su afán de repetirse una y otra vez.

Los ecos de los hechos son la esencia de esta novela, que atraviesan al tiempo como si los siglos tuvieran el peso de apenas días u horas. En la película de Angelopoulos *Los cazadores* (1977), un grupo de cazadores encuentran lo que parece ser el cuerpo de un soldado de la Guerra Civil en Grecia. Tal vez el hielo mantuvo los restos del hombre, como si recién acabara de ser asesinado, pero en realidad, el cine de Angelopoulos esculpe el tiempo (de manera tarkovskiana), y a partir de ahí ya no existe el pasado ni el futuro y todo se convierte en un inmediato presente atrapado en su misma repetición.

Así *Las marcas del agua* explora este oficio de un escultor del tiempo, entremezclado en una configuración literaria pulida hasta el mínimo detalle. La cofradía en su labor, a veces salvaje, a veces ingenua, de la evangelización de un nuevo mundo, la búsqueda académica del historiador Teodoro de Villalpando (que va surcando libros y enciclopedias borgianas), los tejidos marginales de una Ciudad de México contemporánea y hasta la arriesgada labor periodística que también es copada por la violencia, misma que funciona como un espejo entre ambos siglos (como las dos versiones de *El Quijote* en el cuento de Borges).

Sin soltar al mismo Borges, L. M. Oliveira transforma en algo eterno al concepto del agua. “A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires: La juzgo tan eterna como el *agua* y el *aire*” (cursivas mías), dice la última línea de uno de los poemas más famosos del escritor argentino, “Fundación mítica de Buenos Aires”. ¿Qué puede dejar una marca más eterna que el agua? Así arrastran las sociedades mexicanas las cuentas pendientes de siglos anteriores. El título de esta novela es clave para el significante que la misma encierra.

Las marcas del agua es una obra completa y demolidora, con múltiples lecturas y con un vértigo de sucesos que no sueltan al lector. Oliveira le da un trato quirúrgico con todos sus personajes (que no son pocos) y los vuelve memorables, cada uno a su manera y a su tiempo, además de guardar valiosas recompensas para aquellos lectores que se sumerjan profundamente en sus páginas, aunque el mismo libro orille, con potencia, a ello.